

recamada y roja luce]
el gran*Maestre de Santiago.
Quizá de los de'su órden
sería el mas esforzado,
si no acreciera sus filas
el imberbe Garcilaso,
aunque por la faz hisoño
por el valor veterano.
Va del marqués de Villena
el descendiente preclaro;
su título inmortalizan
de las musas los encantos.
¿Y quién con tal gentileza
monta el corcel mas gallardo?
El de Aguilar que muy luego
le han de hacer mas señalado
las inmarcesibles glorias
del gran Capitan, su hermano.
Rige con fiera arrogancia
á los héroes castellanos
Iñigo Lopez Mendoza,
quien tiene un precio doblado;
á los mas en valentía
supera, á todos por sábio.
Y el conde de Benavente
y el de Cabra y otros varios
que parecieran por grandes
mucho para ser vasallos.
Ante un tan brillante ejército
suspéndese arrebatado
el génio de las batallas
y agota pródigo el mármol;
¡si el capitan es un héroe,
héroe tambien el soldado!
Y á todos guia al combate
el católico Fernando,
por su nobleza, un Alfonso;
por su constancia, un Pelayo,
que, si á cien baluartes osa
con su aliento sobrehumano,
de los cien se enseñoorea
á la victoria cansando.
Y á Guadix, Ronda y cien pueblos
que se cubrian del bárbaro
turbante, á todos subyuga;
¡arma el Supremo su brazo!
Mas le resta un baluarte
para herir á su adversario
de muerte, y contra él se arroja.
¡Plaza á los héroes cristianos!

Espéjase la belleza
de la encantadora Málaga
en las apacibles olas
que se rizan á su planta.
En su tímido murmullo
sorprende atónita el alma,
el suspiro de una endecha,
ó el propagarse de un arpa,
en la pacífica noche
la débil nota llorada.
Porque al acercarse altivas,
pero en el reflujó lánguidas,
aunque la besen, muy pronto
no volverán á besarla.
Y espéjase en el concierto
que, con sus lenguas arpadas,
las vistosas avecillas
celebran en la enramada,
y en la pureza del cielo
el mas alegre de España,
y en las primorosas flores,
con que se muestra engarzada,
y en el perfumado ambiente
y en sus dulcísimas auras.
Cíñese por estremarse
en atavíos de gala
con un collar opulento
de caudalosas montañas,
cuyos dóciles declives
recamados de esmeraldas,
á ningun fruto se niegan,
con toda flor se regalan.
Le hacen las naves atando
su costa á las mas lejanas,
el emporio del comercio
con Levante y con el Africa.
Su poder con dos castillos
todo poder pone á raya;
el colosal Gibralfaro
sobre un monte se levanta;
á toda energía asombran
sus torres, labor titánica.
Tal sobrepuja en medida
la mayor á la mas alta
que cierra audaz el camino
al raudó vuelo del águila.
Mensajeras de la muerte
son las flechas arrojadas,

pero la muerte les hurta
 la fatigosa distancia;
 tampoco le dan alcance
 las imponentes lombardas;
 libre, pues, se encuentra al daño
 de las impelidas armas.
 Los pertinaces arietes
 son vanos á herir su fábrica,
 y ante su altura flaquean
 las atrevidas escalas.
 Mas cíñese Gibralfaro
 por un lienzo de murallas
 á otro castillo mas hondo,
 no mas fuerte, la Alcazaba;
 y que está en su goce el triunfo
 piensa el prudente monarca,
 ¿mas pondrá su fortaleza
 límites á su pujanza?
 No, que al pecho de valientes
 y españoles mejor cuadran
 en la resistencia el llano,
 embistiendo la muralla.
 Y al horizonte despierta
 noventa veces el alba
 enrojecida en los fuegos
 del sitio su tibia grana.
 Y en la lucha los cercados
 si rinden una pulgada
 de tierra, á los vencedores
 para sus muertos les falta.
 Que los mas grandes imperios
 que en el mundo se agigantan
 han alentado á la historia
 en cunas ensangrentadas.
 No cede un dia sin lucha,
 los ánimos no desmayan,
 y mientras ánimos quedan
 el hierro al hierro no ablanda.
 Porque es una lucha á muerte
 de dos enemigas razas
 cuyo ódio ruge en el pecho
 en hirvientes cataratas.
 Son dos gigantes que intentan
 con indómita arrogancia,
 fijar la planta en un suelo
 donde no caben dos plantas;
 y dan apoyo á dos mundos
 sus atléticas espaldas.
 El acero y la diadema
 del uno la cruz rematan,

que es bien que á la cruz se rinda
 lo que por la cruz se gana.
 Su rival, un yugo al orbe
 ominoso imponer trata;
 ¡vióse Europa del turbante
 al peso bamboleada!
 Que empequeñecen la tierra
 del agareno las ansias
 y la tumba de Pelayo
 no sufre agarena marca;
 y al reto los dos se arrojan.
 que es lucha muy empeñada
 la del leon de Castilla
 con la pantera africana.
 Nunca fragor mas tremendo
 al despeñarse resaltan,
 una avalancha que cierra
 al choque de otra avalancha.

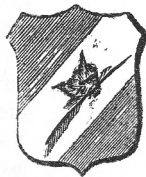
III

Un atronador aplauso
 por los aires se dilata.
 —¡La Reina! ¡Viva la Reina!
 Llega Isabel ¡ay de Málaga!
 El ángel de la victoria
 adonde va le acompaña.
 ¡Animo! ¡Sus! Al combate
 ¡Sus! ¡Santiago! ¡Calatrava!
 ¡La Virgen y Covadonga!
 gritos de la fé cristiana
 —¡Alá, Alá! ronco el rugido
 llevan los ecos en alas
 de la legion de Gomeles,
 mercenarios que Hamet manda.
 Y estrepitosas retumban
 las cien mortíferas máquinas,
 y en mil proyectiles rompen
 de su centro las lombardas.
 Responde la artillería
 de los muros, y las balas
 rasgando el espacio hienden
 cotas y pechos taladran.
 Rotos en pedazos ruedan
 los cascos y las corazas,
 á un ¡ay! responde el acento
 colérico de venganza,

y por los rajados pechos
la corriente se desata
enrojecida, que rompe
al piélago tributaria.
Revienta en hondo la mina,
al muro el cimienta falta,
y el polvo que se desprende
ciega á los ciegos de saña.
Suena una voz dominante:
—A la brecha las escalas.
Y los guerreros se arrojan:
un paso cejan, cien ganan,
que aunque la muerte allí impere
ésta no todo lo abarca.
—¡Animo, adelante!—Llegan,
las flechas enarboladas,
los dardos, los arcabuces
con enorme estrago, matan.
Gruesas moles de granito
que el impulso fuerte arranca
de cuajo, ruedan, arrollan,
rompen, derriban, aplastan.
Las pilas de los cadáveres
el foso profundo sacian:
mas no hay quien tenga el torrente
de las legiones cristianas,
que abre un guerrero el camino
al empuje de la audacia,
haciendo presa en el muro
con la vacilante escala.

Se oye un grito. Juan de Ortega
vacila, cae, se levanta
moribundo, en el adarve
los régios pendones clava.
—¡Victoria!—repetir quiere;
la muerte se le adelanta.
Se recrucece el combate
cuerpo á cuerpo en la muralla,
y se cruzan los aceros,
y cruge la cimitarra,
en los petos, y en los cráneos
recrujen fulmíneas hachas.
Y una trinchera de hierro
opone á toda esperanza
Requesens, el gran marino,
con sus naves aferradas.
Cede al fin la fortaleza.
En la mezquita de Málaga
pesa la cruz, y se rinde
Gibralfaro á la constancia.
Y un himno entonan al cielo
los Católicos monarcas,
al romper la media luna
sobre las frentes bastardas
Y ven pasmados sus ojos
á la encantadora Málaga,
muy bella del agareno,
pero mucho mas cristiana.

N. M.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carreras, 9.

MADRID: 1872.
IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANO,
Bordadores, 7.



El Casto.

I

Vaya un poco de romance
entre duro y entre blando,
bien vestido á la española
con hidalguía de antaño.
Y en él estos pobladores
del desierto literario,
prosigan su pensamiento
tan provechoso como árduo.
Nada mas nos propusimos
á lo Quijote y lo Sancho,
que ora en burlas, ora en veras,
poner lo de arriba abajo.
Sin esperanzas de gloria,
sin comisiones de aplausos,
ni mas merced que la nuestra,
ni mas premio que dos cuartos,
y ocultos, como obras pias,

hemos ya romanceado
asuntos de bueno á bueno,
treinta y tres ó treinta y cuatro.
Poniendo ante las conciencias,
como espejo en que mirarnos
recuerdos á falta de obras
por ver si emulaban algo.
No hay en la historia resquicio,
ni oscuridad en los fastos,
donde esta social linterna
no haya dirigido un rayo.
A nuestro acento los héroes
sus sepulcros quebrantaron,
y volvieron las batallas
á resonar en los campos.
Volvieron aquellos dias
en que el amor, ¿iño y casto,
fué vínculo de las almas,
fué un sentimiento y no un pacto.

En qué esta tierra fué patria
de aquellos que cultivaron
con su sangre los laureles
de Covadonga y Lepanto.
De las cumbres de la historia,
tiempo es ya que descendamos,
pues no hay varones que sigan
nuestro ejemplo y nuestro paso.
Cese el vigor, cese el númen,
y sentémonos un rato
para limpiar la trompeta
y dar al pulmon descanso.
Si entre col y col lechuga,
nos dice un antiguo adagio,
yo, que encuentro por antiguas
hasta en las canas agrado,
voy á probar si ciñendo
á la máxima mi canto,
entre Granada y Cervantes
hago un sitio para el Rastro.
Volaré como sobre áscuas
sobre estas cosas de fango,
con una pluma que tengo
que para volar ya es algo.
La moral quedará intacta,
pues yo juro respetaros
hasta aquel sexto sentido
que teneis, sin sospecharlo.
Descubrimiento asombroso
con que ahora salen los sábios,
cuando de los cinco antiguos
no quedaba mas que el tacto.

II

Famosa córte de España,
reina que corona un charco
y das tu suelo en tributo
á hijos infieles y estraños.
En busca de tus grandezas
he perdido un tiempo largo;
ó eres mezquina y las guardas,
ó todas te las robaron.
La luz que dicen que tienes
es de rojos fogonazos,
y lo que se oye es mentira,
y lo que se ve es muy malo.
¡Oh: si aun Quevedo viviese
ó el latino del *Beatus*....
que hallaban ruines los tiempos
de Augusto y Felipe Cuarto!

En vez de sátiras vanas,
yo quiero ver si han logrado
su intencion los que pretenden
no dejar de tí ni *rastro*.
Mas no, que el Madrid moderno
conserva en un lugar clásico,
aquella lengua de tierra
que le une con el de antaño.
Y allí abandonan sus restos
convertidos en harapos,
para pasar á la historia,
los sucesos y los años,
así como á la otra vida
pasa el espíritu humano,
por las sendas del sepulcro
sus despojos derramando.
Venid á ese cementerio,
á ese químico milagro,
mas trasformador de cosas
que el Dios que las ha creado.
¿Cual fué su origen? se ignora;
la muerte debió fundarlo,
y aun sigue viviendo á espensas
de la vejez y el trabajo.
De antiguo creyése infierno,
gruta de hombres sin decálogo,
agencia de obras torcidas,
y tierra de picos pardos.
Nadie por allí pasaba
sin el credo entre los lábios,
pues aun el credo corria
riesgo de ser desnudado.
Majas, chisperos, rufianes,
eran, por el tiempo en que hablo,
amen de alguna taberna,
la sociedad del cotarro.
Y los sabuesos de entónces
traidos por el olfato,
de allí dicen que sacaban
caza abundante al juzgado.
Unos sí y otros no, opinan
que por rastrero fué *rastro*,
estos son hondos problemas,
y.... ¿para que estan los sábios?
A él venid, á ver si encuentro
las banderas de Pelayo,
aquella que soberana
sobre el mar saludó Byron (1).

(1) Léase *Bairon*

Y venced preocupaciones,
que hoy por hoy, seguros vamos,
pues ni aquello es ya lo que era,
ni ya es inmoral el ágio.
Es una plaza decente,
digna del tiempo en que estamos,
donde se dá por dinero
desde el pelo hasta el zapato.
Una estrecha enrucijada
no sé si abre ó cierra el paso:
en ella cuenta la historia
que falleció un escribano.
Tal la tradicion respetan,
que aun parece que el finado
segun las cosas que ocurren,
sigue viviendo en el barrio.
Colgadas están las casas
del portal al sotabanco;
no hay resquicio, ni agujero,
que no vomite un pingajo.
En medio de todos gritos,
de toda carga abrumado,
cada vendedor parece
una providencia andando.
Hay quien uno encima de otro,
y no por presumir de alto,
piramidal de sombreros,
lleva todo un dos de Mayo.
Quien, desde la hoja de parra
hasta el frac reaccionario;
que hoja atras, hoja adelante,
igual va un hombre con ámbos.
Desde la hoja al frac, decia,
hay quien lleva columpiando
catorce siglos de modas
en geométricos retazos.
¡Oh, admiremos cuantas cosas
crió el Señor para darnos!
¿Donde habrá naturaleza
ni arte que produzca tanto?
Entrad por donde parece
que un orbe se está formando,
de las primeras materias
en el hervor embrionario.
Vengan acá los que dudan
que hay supérfluo en el mundo algo,
aunque se incluya lo inútil
y de lo inútil lo malo.
Y entre si es ó no es Barahona,
si es pradera ó es mosaico,

ó el valle del *Recurrawite*,
henos aquí en pleno Rastro.
Agur señores, cada uno
tire por donde halle paso,
y á los que vivos salieren
al fin de la plaza aguardo.

III

Al Rastro, caballeros;
aquí hay de todo,
el mirar es barato.
—¡Lo has dicho pronto!
Sean testigos
pañuelos que se escapan
de los bolsillos.
Pimientos y tomates
venden en cestas
y con calzas moradas
gallos sin crestas...
Vino de balde...
peñas dice debajo
son dos verdades.
Una mujer:

—¿Quién pasa
de este alboroto?
¿Quién entiende lo que hablan
tantos demonios?
¿Quién sufre un ciento
de pisadas, codazos...
y otros escesos?
—Por dos reales tres pares
de calcetines.
—Serán viejos.—¡Señora,
usted qué dice!
—¡Ya se vá el tío
que de perder dinero
se ha arrepentido!
—Paso que mancha!
—¡Un carro
cargado de astas!
¡Horror! ¿Dónde habrán ido
por tales armas?
Responde un viudo:
—Todas se venden.
—¡Cielos,
como anda el mundo!
—Cerillas, jabon, peines.
—Trenzas de moda.
—¡Quién lleva una camisa
para la novia!

Véase la clase.

—¿De camisas ó novias?

—No, de silbantes.

—¡Vaya una hembra por parte de mañanita!

—¿Cree usted que está arrimándose á alguna esquina?

—Es que me empujan...

—Pues téngase derecho.

—Y á mí me gusta.

¡Ay del ciego que pasa cantando coplas, cuando en sus huecos párpados lágrimas brotan!

O es un sarcasmo ó el mundo se divierte con sus hermanos.

—¡Un reloj por un duro!

—Diga, buen hombre, ¿que es aquella basura que está en montones?

—Eso es tabaco, y mucho mejor clase que el del estanco.

—¡El retrato de un santo por dos pesetas!

—¡Ay!... ¡es él! ¡Pobrecito!

¡Quién lo dijera!

—¡*La Nacion*!!!

—¡Hombre!

¡Y esa tambien se vende!

—¿Si hay quien la compre?

—Hija, estos guantes huelen.

—¡Y usted lo mismo!

—Yo queria pequeños.

—Pues al Hospicio...

—¿Y hoy vienes sola?

—Y convido á aguardiente.

—¡Viva la compra!

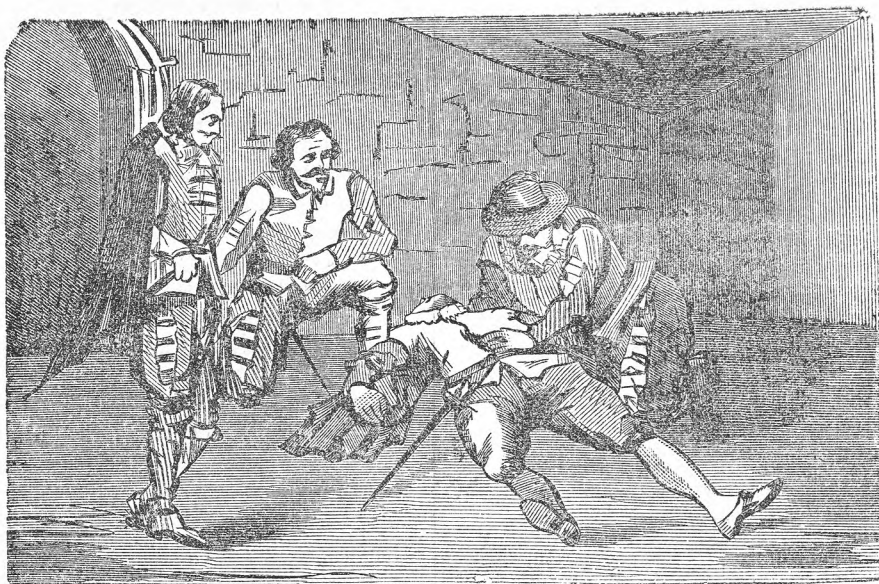
IV

—¿Llaman á este sitio América por vergüenza ó por sarcasmo? Armas tiene enmohecidas, tiene por dueños gitanos. Ya lo habeis visto, señores, os encuentro cabizbajos, imágen del mundo es esta y todo es mentira y tráfico. Noy hay cosa sagrada, ahora ruedan por súcios pantanos prendas que ayer recogian besos de vírgenes lábios. Esto formaba una dicha, aquello costó un desmayo, esa era la mística hoja de algun poema romántico. Todo se quiebra y se amasa, y entre desnudez y escándalo la degradada miseria aquí tiene su reinado. Pero al volver á esa córte que sonríe un cielo diáfano, y á la luz de los diamantes la del sol compite en vano, de local, no de miserias cambia sólo el desengaño: allí cubiertas con oro, aquí regadas con llanto. ¿Qué es Madrid si no un inmenso bazar de géneros falsos? Prendas viejas las virtudes, desechos del mundo... ¡al Rastro!

J. C.



ES PROPIEDAD.



Villamediana.

(21 de Agosto de 1622.)

I.

En una estancia lujosa
 donde el arte desplegó
 para honrar á quien la ocupa
 magnificencia y primor;
 vése un apuesto mancebo
 sentado en rico sillón.
 Llámase D. Juan de Tassis
 y de su padre heredó,
 con un título de conde,
 y un cargo de algun valor,
 varios censos á pagar
 y deudas en profusion.
 Conde de Villamediana,
 poeta, galán, decidor,
 pronto venció las desgracias
 y su caudal acreció.

Pero, menos favorable
 que las cartas el amor,
 vencióle y nunca sus penas
 con favores mitigó.
 Ingrato el niño Cupido
 á la inquieta devoción
 del conde, privóle siempre
 del triunfo del vencedor.
 Desdenes recibió Tassis
 donde finezas sembró:
 rindióle al amor la vida
 y murió por el amor.
 Correo fué de Palacio
 y tanto y tanto corrió,
 que le detuvo la muerte
 por su elevada ambición.
 Osado como poeta
 no temió la luz del sol:

Icaro quiso volar
y cual Icaro murió.
Que el conde Villamediana
poeta fué, díganlo hoy
sus obras; que fué atrevido
bien claro lo demostró.
Punzante, irónico, injusto,
procaz y difamador,
entre una honra y un aplauso
el aplauso prefirió.
Fueron ajenas flaquezas
fuente de su inspiracion;
y eran las flaquezas tantas
que cualquier murmurador
sin ser conde ni poeta,
viviendo cuando él vivió
tuviera tema abundante
para la murmuracion.
Su lengua fué su verdugo,
su muerte una expiacion,
su defensa... la bondad
infinita del Señor.
En el día en que le vemos,
una extraña agitacion
domina al conde, y su pluma,
por lo regular veloz,
torpe en el papel resbala...
Sin duda no es su mision
herir honras, que en tal caso
corriera mucho mejor.
Escribe, y escribe versos,
que á veces alza la voz
y los conceptos repite
que ya en el papel grabó.
Dejemos que nos imponga
el papel revelador
en un secreto que encierra
pecado y reparacion.
«Francelisa, cuyos ojos
mi culpa y disculpa son,
dulcísimo laberinto
del que en ellos se perdió:
si no olvida quien bien ama
¿como puedo olvidar yo
desdenes que no escarmientan
porque es premio su rigor?
Vos, pues, de mis males causa
que con negros rayos sol,
haceis á las hebras de oro
afrentosa emulacion...

Permitid que á las cadenas
que tan puro amor formó,
no se les atreva el tiempo
ni la desesperacion.»
Aquí al llegar, un criado
varias cartas le entregó,
diferentes en tamaño,
símiles en la intencion.
Tomó la primera el conde
con alguna agitacion,
deshizo luego el plegado
y así en el papel leyó:
«Apiadado estoy de vos,
conde, aunque sin merecello,
que es vuestra lengua atropello
del mundo, del rey, de Dios.
*Mas si á Dios no respetais,
no sé qué fin pretendéis,
porque en la vida que haceis
en peligro cierto andais.»*
—Lo de siempre; me castiga,
dice, un poetastro ramplon,
remitiéndome amenazas
que no me inspiran temor.
¿Otro anónimo? Veamos
si merece mi atencion:
con una cruz se encabeza,
ya viendo al demonio estoy.
«Conde, no hay hombre que pueda
afrontar la luz del sol:
ciego estais; abrid los ojos,
pedidle perdon á Dios,
que de la vida á la muerte
tan corta separacion
existe, que las confunde
la hoja de un puñal traidor.»
—Sin firma tambien. Mal año
para el cura que dictó
la amenaza, que á cogulla
huele y á misa mayor.
Veamos el papel postrero.
Y abriéndole, así leyó:
«No mireis á los demás
y mirad antes por vos,
que os amenazan parrillas
y os busca la Inquisicion.
Campanas de ajusticiados
lanzan al viento su voz:
condes condenados buscan
para la Plaza Mayor:

justo es que quemado muera
quien compite con el sol.»
Dobló las cartas el conde;
una sonrisa cruzó
sus labios; pero tan triste
cual hija de su dolor,
y en tanto que le preparan
el coche que ya encargó,
á caer volvió de nuevo
en honda meditacion.

IX

Tan oscuro como el crimen
la noche tiende su manto:
Madrid, cansado de goces,
ya se dispone al descanso.
Solo algunos transeuntes
se encuentran de vez en cuando,
por las calles de la córte
del rey don Felipe Cuarto.
Las gradas de San Felipe
están desiertas, cerrados
sus comercios, que aunque otoño
no ha sucedido al verano,
y el calor es escesivo,
son muy pocos los que osados
buscan fresco entre las sombras
por evitar un fracaso.
Junto al quicio de una puerta,
y que es Agosto olvidando
segun oculta su rostro
con una capa de paño,
inquieta como el que espera
y algun objeto ocultando,
en la calle de Boteros
se encuentra un hombre parado.
Que es contagioso el ejemplo
(aun de abrigarse en verano)
pruébanlo sobradamente
otros dos encapotados
que la ya citada calle
recorren á grandes pasos,
cual si de espera estuviesen
y el que esperan fuese tarde.
Suena de lejos un coche;
páranse los embozados,
y despues de cerciorarse
de que se va aproximando,
se acercan al primer hombre

y con laconismo extraño:
—Ignacio, está prevenido.
—Bien lo estoy, responde Ignacio.—
Ya llega el coche; le ocupan
Tassis y D. Luis de Haro:
ambos silenciosos, tristes
y meditabundos ambos.
Preséntase de repente
un hombre y le habla al lacayo:
obedientes á la rienda,
las mulas paran el paso.
Se acerca á la portezuela
silencioso el embozado,
fija la vista en el conde,
y con sanguinaria mano
una ballestilla arroja
con brios tan desusados,
que Villamediana siente
clavarse al pecho su brazo.
—¡Traidor! esclama, y á tierra
en un instante bajando
quiere sacar el acero;
mas de sangre y vida falto,
dice: *Esto es hecho*; vacila
y en el humeante charco
de su propia sangre, inclínase,
su último aliento exhalando.
Tuvo la infernal escena
la rapidez del relámpago
y en vano vengar el crimen
pretendió D. Luis de Haro,
pues al bajar á la calle,
con el muerto tropezando,
por San Ginés vió que huian
veloces tres embozados.
Llevóse el cuerpo del conde
al portal de su palacio;
cercáronle en el momento
religiosos y escribanos,
y los pocos transeuntes
la triste escena mirando,
—Dios le perdone, decian,
que hartó en su vida ha pecado.—
Supo Madrid aquel crimen;
corrió en lenguas el acaso;
se habló mucho en prosa y verso;
se hicieron mil comentarios;
pero algunos tan opuestos,
todos tan extraordinarios,
que á no haber muerto el poeta

dijérase sin empacho
que eran sin duda obra suya
muchos de sus epitafios.
Quien dijo que D. Juan Tassis
en un público diálogo,
mis amores son reales
afirmó con desenfado,
y que de ello noticioso
el monarca castellano
podrán serlo, dijo un día;
pero yo los haré cuartos.
Y sobre base tan débil
ya señalaban la mano
del criminal, á Mateo
el balletero acusando.
Otra voz á Ignacio Mendez
culpó del asesinato;
pero probarse no pudo
porque á muy poco del caso
Ignacio Mendez moria
por su esposa envenenado.
Un cronista mas curioso,
que aquel misterio estrañando,
quiso saber del poeta
por boca de sus criados,
supo que estos, cuatro meses
después de morir su amo,
siguiéronle á la otra vida
por la Inquisicion quemados.

Quedan del crimen horrendo,
unos versos, que firmados
por Lope de Vega, Jáuregui,
Góngora, Quevedo y varios
escritores mas, corrieron
entonces de mano en mano,
pintando osados y libres
el origen de aquel caso.
Unos á las nubes alzan
al poeta epigramático;
otros su arrojo censuran
de torpe y de temerario;
quién le aplaude, quién le injuria,
quién juzga proporcionado
á sus culpas el castigo
y á la venganza el agravio.
No copiemos tales versos,
no descifremos su arcano;
quédese á los eruditos
el afán de interpretarlos.
Tassis hirió maldiciente,
sembró enconos á su paso;
quien daños ajenos busca
motiva su propio daño:
la pena sigue á la culpa,
á toda deuda su pago
y el crimen recoge siempre
las semillas del agravio.

O Y B.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carreras, 9.

MADRID: 1872.
IMPRESA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANO,
Bordadores, 7.



El Suplicio de D. Alvaro de Luna.

(1453.)

I

Revuelta andaba Castilla,
roncos clamores de guerra
los espacios atronaban
sin dar al acero tregua.
Cizaña en campo sangriento
recogía por do quiera
don Juan, que siendo el segundo
fué el postrer en toda empresa;
alma templada en un yunque
de tan pobre resistencia,
que en el valor y constancia
no es de hierro, sí es de cera.

Solo mostrar logró al mundo
la virtud de la paciencia,
pues para mandar nacido
todos menos él gobiernan.
Todos, pues, todos se atreven
en la intrigante nobleza,
ganosos de poder y honra,
que es honra alcanzar hacienda,
á revolver contra el trono
su ambicion y sus banderas,
porque el rayo de la ira
no sabe esgrimir su diestra.
A él, de Aragon los infantes
sus primos, le mueven guerra,

y tras de caer matando
los perdona y recompensa;
contra él irguióse el infierno,
pues de su misma soberbia
aborto fué D. Enrique,
víbora de estirpe régia.
Poco cuerdo en sus mandatos,
vacilante en sus promesas,
mártir siempre de la duda
que su decision refrena;
oprimido bajo el férreo
yugo de planta extranjera,
lamentara el castellano
de su valor la impotencia,
si ante las gradas del trono,
de su esplendor puro emblema,
firme escudo de su honra,
baluarte de su existencia,
no hubiera surgido un héroe
que del cielo recibiera,
naciendo en bastarda cuna,
un corazón y una idea.
Con alientos de gigante
él acometió la empresa
de hacer reinar en Castilla
solo un rey, de ciento que eran.
Y si la fortuna próspera
en un principio, en adversa
se trocó cuando veía
su aspiración satisfecha,
cúlpese al rey que olvidando
el peso de sus cadenas
segó una vida, humillándola
á los pies de la nobleza.
Este es D. Alvar de Luna,
el primero en la pelea,
tan brioso en el torneo
como galán en las fiestas:
si es merecida su fama
de buen capitán, lo prueban,
mas que hazañas en Castilla
los laureles de Higuera,
que tras de aquella victoria
renombre inmortal hubiera,
privando de timbre ilustre
á la mejor de las reinas,
si la envidia de los nobles,
que siempre en su mal conciertan
bastardos planes que él corta
con su espada ó su prudencia,

no tuviera prevenido
arrancarle la existencia
á traición, esponiendo
honras y vidas ajenas.
Pero la envidia no puede
herir la altiva cabeza,
pues nació para arrastrarse
por el cieno de la tierra;
y es ya el de Luna la sombra
que la majestad refleja,
alma del alma del trono,
ser encarnado en su esencia.
Porque D. Juan, que conoce
su lealtad y grandeza,
ve en el Maestre un hermano
y hasta su altura lo eleva.
Mucho duró su privanza,
grande fué la recompensa;
pero la envidia no duerme
y la ingratitud le acecha.
Y en pecho ruin cayendo
chispa que pronto fué hoguera,
amistad, honra y valía
se llevó el viento en pavesas.
Búrgos vió si en ricos-homes
hubo justicia y clemencia,
y si en corazón de príncipes
virtud anidó ó miseria.
Allí hundióse el Condestable,
allí firmó su sentencia
aquel rey siervo de todos,
si por don Alvar no fuera;
y rendido, respetando
la voluntad que lo ordena,
á Valladolid va preso,
donde el verdugo le espera.

II

Ya ha llegado la mañana,
que todo en el mundo llega,
atropellando á la dicha
el torrente de las penas.
Lúgubre acento de muerte
do quier los espacios puebla,
eco que difunde el bronce
y eco en el dolor encuentra.
Raudal de llanto se vierte,
pues ¿cómo esperar clemencia

si al rey envidia y venganza
mano y voluntad sujetan!
Muchos al fondo del pecho
su pesadumbre relegan;
tras de sus rostros sombríos
hierva un volcan de soberbia.
Y en la inquieta muchedumbre
que en las calles se atropella
por dar un adios postrero
al alma que el cuerpo deja,
pocos hay que manifiesten
satisfaccion de la fiesta;
doquier sepulcral silencio,
llanto y congoja doquiera.
De pronto surcó un murmullo
aquel golfo de cabezas:
lamento de mil gargantas,
¡ay! lanzado entre cadenas.
Y un «ahí está» moribundo
oyóse, como si fuera
lo que alcanzaban los ojos
una pesadilla horrenda.
¡Cuán liviana y deleznable
es la terrenal grandeza!
ayer astro refulgente,
ni sombra suya hoy siquiera.
No rige su férrea mano
el fiero corcel de guerra,
alta mula le conduce
á la espacion cruenta;
y animoso, resignado,
aunque en su frente serena
late un mundo de recuerdos
y una tempestad de penas,
como en cristal trasparente
brilla en caíma su inocencia,
que el fantasma de Vivero
ni le oprime, ni le arredra.
Ni un ¡ay! sale de sus lábios,
ni un suspiro, ni una queja
contra el trono que él sostuvo
y le paga en muerte y mengua.
Nada espera del amigo,
nada del rey, que es de piedra
el corazon de la envidia,
y la envilia le aconseja.
Por eso marcha sereno,
que ante la muerte no tiembla
el que en cien rudos combates
pactó, al parecer, con ella;

y si hoy no puede humillarla
con el brio de su diestra,
porque el pensamiento solo
su lealtad se lo veda;
cual caballero cristiano
dirige, para vencerla
en mejor lid, oraciones
al Dios que castiga y premia.
El padre Espina que marcha
á su lado y que contempla
con admiracion doliente
tanta calma y fortaleza;
con acento acongojado
otros lugares le muestra
donde es verdad la justicia,
donde es la ventura eterna.
El le escucha; mas de pronto
sarcástica voz resuena,
puñal de acerado filo
que en su corazon penetra,
diciendo: «Esta es la justicia
que facer el rey ordena
de este usurpador tirano
de su poder y su hacienda.»
Y siempre que el pregon se oye;
como sangriento anatema,
«más merezco,» dice Luna
inclinando la cabeza.
Ya arriba al lugar siniestro
que há poco lo fué de fiestas,
donde cosechó laureles
por su valor y opulencia.
Allí muchedumbre hirviendo
en rude tropel se estrecha;
pavor infunde en el alma
sombra que en medio se eleva;
y al ver impreso en los rostros
dolor mortal, se creyera
que es la agonía de un pueblo
lo que la sombra refleja.
¡Triste verdad! que la muerte
allí codiciosa espera,
entre el tajo y el verdugo,
insegura aun de su presa,
al hombre que en fiera lucha
abrióle al pueblo ancha senda
para llegar hasta el trono,
para sentarse á su diestra.
Brilla en el negro tablado
y entre amarillas candelas,

sobre un altar, puro símbolo
de las cristianas creencias;
y debajo de una escarpia
á grueso pilar sujeta,
se ve un ataúd humilde,
que de limosna lo entierran.
De tan lúgubre aparato
el sangriento fin completan
un tajo, un hacha y un hombre,
que aguarda con impaciencia.
Por fin, abriendo ancho surco
lanzas mil que le rodean,
sube don Alvar de Luna
por la empinada escalera.
Toca su planta el tablado
y al crucifijo se acerca,
y humildemente se postra
y el pié lacerado besa.
Dirige despues en torno
una mirada postrera,
quiere hablar, y su hidalguía
hace enmudecer su lengua.
Mas ve á su paje Morales
que lloroso le contempla,
y quitándose un anillo
que fué de su orgullo prenda,

«Toma—le dice—mi amigo,
la dádiva postrimera,»
y á Barrasa, que es criado
del príncipe, y que le observa
con angustiado semblante,
con admiracion suprema,
«Dí á mi señor que no premie
así lo que el rey hoy premia.»
Luego se llegó al verdugo,
que ante tanta fortaleza
y majestad se estremece,
cual si el condenado fuera;
y al conocer el destino
del garfio que allí se muestra,
esclama: «Despues de muerto
nada son cuerpo y cabeza.»
Entonces el padre Espina
le dice al par que le enseña
el cielo: «Esa es tu patria,
nada esperes de la tierra.»
Pónese luego de hinojos
ante el tajo, el cuello entrega
cruje el hacha, y los gemidos
del pueblo son sus exequias.

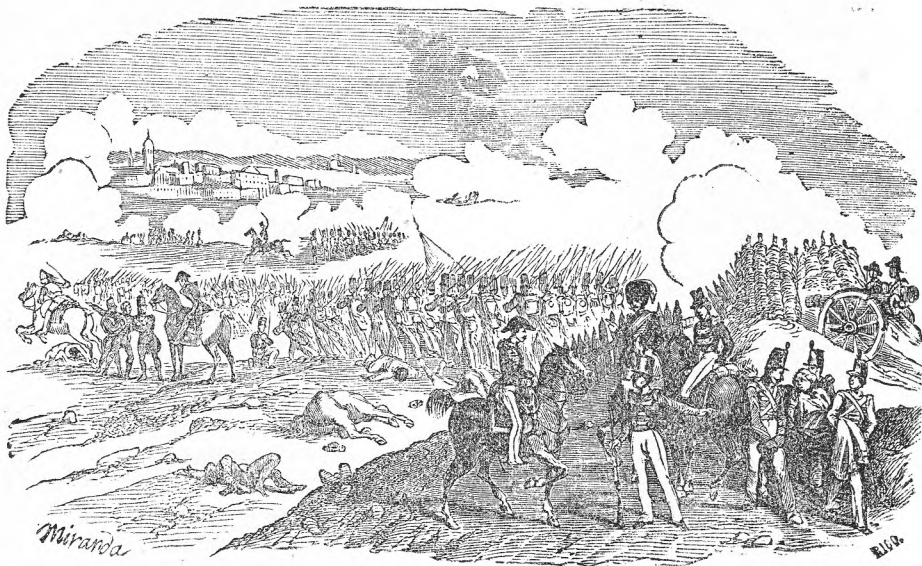
F. M.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9,

MADRID: 1872.
IMP. DE J. NOGUERA Á CARGO DE M. MARTINEZ,
Bordadores, 7.



Bailén.

(19 de Julio de 1808.)

I

Llegó el intruso á la córte
ciñéndose una corona,
hecha de hierros franceses
con que los grillos se forjan.
Se la dió el César su hermano
propietario de la Europa,
el que regala naciones
como herencia de su gloria.
Era hácia el 20 de Julio;
tuvo el sol tiempo de sobra
para evaporar de Mayo
la sangre amenazadora.
Al usurpador rodean
agiotistas que deshonoran
la patria donde han nacido,
y el nombre con que se adornan.

¿Quién grabó sobre sus pechos
blasones y ejecutorias
por sus padres conquistadas
palmo á palmo en tierra mora?
Dos títulos castellanos...
(para vergüenza uno sobra)
al rey José custodiaban,
si los traidores custodian.
Y en verdad era imponente
la marcial y grave pompa,
con que una nacion entraba
al vasallaje de la otra.
Allí veíanse aquellos
á cuya presencia sola
se cambiaban los destinos,
se borraban las historias.
Allí los soldados-reyes
que dieron vuelta á las zonas,

entre postores y amigos
 repartiéndoselas todas.
 Tantos jefes arrogantes,
 tantos próceres de nota,
 tanto semidios en suma,
 contempla la España alónita,
 que deslumbrada vacila
 si entre una lluvia de joyas,
 mas que cadena de esclava
 traénla aderezo de esposa.
 Y detrás los batallones
 se mueven como las ondas,
 que en los sembrados el viento
 rumoroso tornasola.
 Sus banderas avanzaban
 como nubes tempestuosas
 sobre el campo donde luego
 han de servir para alfombra.
 Madrid iba en oleadas,
 pero en oleadas sordas,
 muchedumbre que no llena
 bosque de amarillas hojas.
 Pues la fuerza es impotente,
 para engendrar una sola
 sonrisa en labios sinceros,
 flor que del cariño brota.
 ¡Viva José Bonaparte!
 gritan en extraño idioma
 los genízaros... el pueblo
 no sabe si es nombre ó solfa.
 Pero algun héroe de Mayo
 traduciéndoselo en prosa
 ¡viva Fernando! murmura,
 ¡viva! murmuran cien bocas.
 Y aunque es el rumor furtivo,
 tanto corre y se prolonga
 que al entrar José en palacio
 lo resonaban sus bóvedas.

II

Como lucha el buque sólido
 batido por agua y vientos,
 á quien la tormenta arranca
 un pedazo en cada encuentro,
 y el capitán embriagado
 abandona á todo el riesgo
 su gente que al mar combate,
 ya bajando, ya subiendo;
 y la destruccion repelen

con mas vigor cada esfuerzo,
 ganando esperanza y costa,
 muerte á muerte, dedo á dedo;
 hasta que al fin vencedores
 sobre el castillo deshecho,
 para recibir la aurora
 izan bandera en el puerto,
 así fué la patria mia
 su libertad conduciendo
 á través de tantos golfos
 que á tantas naves hundieron.
 Mentras al rey por quien lucha
 debe tan pobres recuerdos
 que á no existir amor patrio
 vilezas fueran sus hechos.
 Pais donde el sol derrama
 oro en su luz, donde el cielo
 viste de igual gallardía
 los jardines y los pechos.
 Donde recuerdan las aves
 cantos del eden primero,
 y del color de la aurora
 sona el ambiente y los sueños.
 Donde oscilan las estrellas
 con voluptuosos reflejos
 en las románticas noches,
 palacio de los misterios.
 Trueca, España, tu vestido
 nupcial en arnés guerrero,
 y levanta tu estandarte
 como el sol sobre tus cerros.
 Llegad á la régia gruta
 los cautivos indefensos,
 que los huesos de Pelayo
 son las mazas de sus nietos.
 Fernando abdica en su padre
 y Godoy empeña el reino;
 favoritos y señores
 cambian la honra por el miedo.
 Nuestros hombres graves ceden,
 al incontrastable peso,
 como se cede á la noche
 que trae la paz con el sueño.
 ¡Patria mia y te llevaron
 con tus ropajes mas bellos
 al mejor de tus vergeles
 prostituida á extranjeros!
 ¡Ay del hijo que no acuda
 al rescate de tu lecho
 y deje manchar la sangre

que le ha nutrido en su seno!
 Mas contra ingratos y tímidos
 surge la fé de los buenos:
 la voluntad de agiotistas
 no es el porvenir de un pueblo
 Y hasta en su mismo palacio,
 solo donde tenga puesto
 su pié, tendrá por dominio
 el monarca pasajero.
 Que á Galicia desde Móstoles
 la chispa del sagro fuego
 corrió, como si de pólvora
 hubiesen sembrado el suelo.
 En Sevilla el conde Tylly
 y el padre Gil, y el resuelto
 Tap Nuñez, de ardiente frase
 y de corazon inquieto;
 á córtes ofrecen córtes,
 contra ejércitos, ejércitos,
 y á una España degradada
 otra España y otro cetro.
 Castaños llega á sus puertas,
 acaudillando los restos
 de las armas españolas,
 y la fortuna con el'os.
 Cádiz dá en señal de guerra
 los cañonazos del puerto;
 rinde una escuadra á su vista:
 Francia dió el primer tropiezo.
 Asturianos van á Lóndres
 guerra y alianza pidiendo:
 Lóndres compara en el mapa
 su audacia con su terreno.
 Y aquella nacion absorta
 recuerda un rasgo profético
 que oyó al borde de una tumba
 como estravió de un génio:
 Pitt lo presintió: «Id á España,
 »que allí guarda el universo
 »el hacha sola que puede
 »cortar al buitre su vuelo.»

III

Hombres son, los halló el alba
 en medio de sus esposas,
 cantando entre el dulce vino
 la hermosura de sus costas.
 La tarde trajo los ecos
 del clarin que los convoca,

y formados en batalla
 los vió partir de sus chozas.
 Castaños con sus reclutas
 á una decision heróica
 el Guadalquivir costea
 buscando las fuertes hordas.
 No hubo mas grito que un ¡muera!
 contestado por la bronca
 esplosion de cien cañones,
 y el ¡ay! de las filas rotas.
 Contra Dupont va Castaños,
 y sobre Andújar le acosa,
 mientras otras divisiones
 el rio en su paso cortan.
 En el ímpetu brioso
 pueblo y montes desaloja;
 Gobert arde por ganarlos,
 dá su vida y nada logra.
 Cae Menjíbar tras Andújar,
 se forcea y se zozobra;
 Dupont y Vedel replegan
 á la ciudad que está próxima.
 Y allí, Bailén por testigo,
 ruge la batalla en toda
 su delirante porfia,
 y embriaguez devastadora.
 Si una vez los elementos
 combatesen con tal cólera,
 la creacion saltaria
 fundida en nubes de pólvora.
 Las batallas, semejantes
 son á la rugiente tromba;
 la confusion y el estruendo
 envuelven lo que devoran.
 Desesperado ya el brío,
 despues de terribles horas,
 en que los ódios en vano
 su carnicería agotan,
 los mermados regimientos
 Dupont en batalla fôrma,
 levanta el sable y la espalda
 de sus trompetas azota.
 Y bajas las bayonetas,
 todo aquel mar se desborda
 al toque de carga... ¡Al mundo
 no castigue Dios con otra!
 ¿Y fué posible que el hombre
 sostuviera en pié la bóveda
 desplomada en su cabeza?
 ¡Lo fué! A la segunda toman

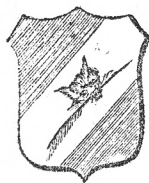
por corage, por orgullo:
los caballos francos tocan
nuestros cañones... sus lanzas
de carne obstruyen las bocas.
Y otra vez... ¡firmes! y entonces
los nuestros cargan y arrollan
y enseñan que los cañones
con los brazos se desmontan.
El centro francés deshecho,
Cruz con los suizos destroza
la izquierda: Vedel no llega,
y el paisanaje se agoipa.
Y el día va declinando:
sed, fuego y cansancio ahogan
Dupont en su rojo sable
bandera blanca enarbola.
¡Oh! aquel orgulloso ejército
vió su primera derrota
y arrojó al suelo sus armas
divorciadas de la gloria.

IV

Fué esta derrota la hoguera
que reunió en torno á su fuego

las naciones sonrojadas
de su indigno cautiverio.
A la hermana salvadora
todos la mano tendieron,
mientras ella devoraba
la flor de todo un imperio.
Y aquí apuraron el cáliz
de la humillacion aquellos
que hechos á rendir millones
los azotaba un labriego.
¿De imponerse aquí por guerra
qué enemigo os dió el consejo?
¿no sabeis que duró la última
año tras de año ochocientos?
Vos que trajísteis á España
la orfandad, el hambre, el duelo,
y las horribles pasiones
de una barbarie sin freno,
si eran así los laureles
de Austerlitz, Jena y Marengo,
¿qué extrañais que á vuestra infamia
Dios este abismo haya abierto?

J. C.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMP. DE J. NOGUERA, Á CARGO DE M. MARTINEZ,
Bordadores, 7.



Justicia del Rey D. Pedro.



(ROMANCE HISTÓRICO-TRADICIONAL.)

(1357.)

I

Arcediano de San Gil
 Don Jofre Diaz de Astorga,
 Señor de las quince calles
 que el barrio de San Gil forman,
 usando las preeminencias
 de usurpada ejecutoria,
 sobre todos sus vecinos
 ejerce autoridad propia.
 Con los villanos, derecho
 de baja justicia goza;
 de los mas nobles, tributos
 por vía de censos cobra.

Es señor de horca y cuchillo,
 tienen sus armas corona,
 y *Rey de San Gil* le llaman
 las gentes de baja estofa.
 Dicen que es traidor al rey,
 que es su vida licenciosa,
 que es impostor; y que á un crimen
 debe su grandeza toda;
 pero reprimen sus ódios
 hácia tan alta persona,
 y el miedo, ante su grandeza,
 trueca el insulto en lisonja.
 ¿Qué hace el rey Don Pedro, en tanto,
 que tan vil desman no corta?